

MÚJERES UNIVERSITARIAS DEL SIGLO XX EN LA PLATA

Abriendo diagonales




EduLP

género

Abriendo diagonales

Abriendo diagonales

**MUJERES UNIVERSITARIAS
DEL SIGLO XX EN LA PLATA**



Abriendo diagonales / Ana Carolina Arias ... [et al.] ; Ilustrado por Alicia Pez ; Prólogo de Roxana D'Auro. - 1a ed - La Plata : EDULP, 2024.
56 p. : il. ; 20 x 20 cm.

ISBN 978-631-6568-33-5

1. Universidades Públicas. 2. Mujeres. 3. Educación. I. Arias, Ana Carolina II. Pez, Alicia, ilus. III. D'Auro, Roxana, prolog.
CDD 378.0082

Abriendo diagonales

Mujeres universitarias del Siglo XX en La Plata

Equipo EDULP

Florencia Camiña (*corrección*)

María Reboredo (*diseño*)

Fotografía de tapa: Visita de alumnas del Liceo al Museo de Ciencias Naturales de la UNLP, La Plata. Año 1914. Tomada por Juana Cortelezzi. Fondo Liceo Victor Mercante Archivo Histórico "Prof. Zulma E. Totis" Liceo Victor Mercante (1999-2024). <https://archivos.unlp.edu.ar/index.php/visita-al-museo>



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

48 N° 551-599 4° Piso/ La Plata B1900AMX / Buenos Aires, Argentina

+54 221 644-7150

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN 978-631-6568-33-5

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2024 - Edulp

Índice

Prólogo	6
Introducción	9
Amor a la tierra	14
Ninfa Natividad Fleury	
Un cielo de números	19
Virginia Peña	
Enfrentando viejas ideas de justicia masculina	23
María Angélica Barreda	
La foto	28
Carmen, Juana, Sarah, Ana y María Cortelezzi	
Entre flores y rugidos, las andanzas de Isabel	34
Isabel Hylton Scott	
Las visitas de los martes con la radio en casa	39
La Escuela de Visitadoras de Higiene Social	
La torta más extraña	43
Lilia Esther Chaves de Azcona	
Memorias al óleo	48
Dora Cifone y Elsa Santanera	
Sobre el equipo de Abriendo diagonales	51

Prólogo

La escalera de acceso al Museo está llena de familias. Todos quieren una selfie con los tigres diente de sable. Por los alrededores del Paseo del Bosque los hinchas de Estudiantes hacen la previa. Es una postal típica de un domingo platense. El edificio neoclásico del Museo me invita a entrar una vez más. Perteneces a la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata y, a pesar de que hice el recorrido cientos de veces, me detengo ante cada vitrina con interés renovado.

Adelante mío, una nena, más o menos de cinco años, va anunciando a los gritos todo lo que ve. Su padre se tiene que acercar a leer los carteles para corroborar de que ella está en lo cierto. Corre por uno de los pasillos y señala: – ¡Metodito!, ¡Metodito!

Es el primer meteorito hallado en Argentina por Francisco Perito Moreno, el mismo que está eternizado en el busto del hall de entrada, el mismo que fundó este museo.

La niña-guía es incansable.

Nombra *Amonito*, *Itosaurio*, *Gitodonte*, re-bautizando en su media lengua los especímenes, haciendo ese ejercicio que los científicos de todos los tiempos hicieron: darle entidad a algo.

Tim Morrison, primera afroamericana que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1993, declaró en una oportunidad: “sólo el lenguaje nos protege del terror de las cosas sin nombre”, pero si bien el trabajo con las palabras es sublime porque es generativo, creador de significados, en esa construcción de lenguaje también hay dominio. Hay palabras que se escogen y palabras que se callan, hay maneras de nombrar y formas de silenciar.

Abriendo diagonales es un libro que decide nombrar, re-construir o, en algunos casos, inaugurar relato. Con un lenguaje simple y bellas ilustraciones, invita a las nuevas generaciones a conocer los universos de mujeres, tal vez no tan alejadas a las de sus familias. En esta idea rectora radica gran parte de la apuesta de este libro. Ni rimbombantes ni heroicas, estas mujeres abandonan su condición “fantasmal” y hacen escuchar sus voces y anhelos a través de cada relato.

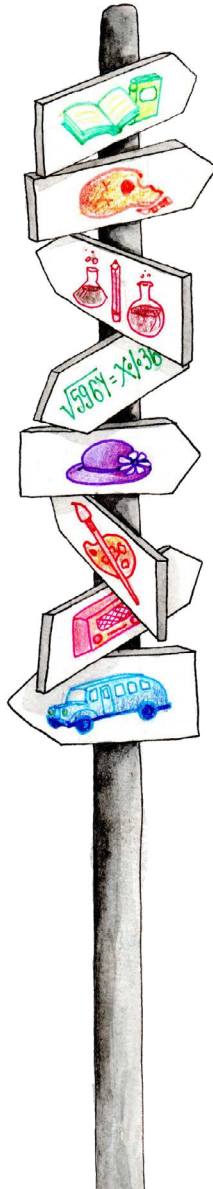
En el cuento “La foto”, Ana, uno de los personajes, toma una roca y pregunta: *¿ésta de dónde es?* En “Un cielo de números”, una ficcionalizada Virginia Peña se pregunta *¿Cuántos pasos habrá entre el Zoológico y el Museo? ¿Cuánto segundos tardará esa hoja de color ocre en caer al suelo?*

El gran pedagogo y educador brasileño Paulo Freire dijo: *“el origen del conocimiento está en la pregunta, o en las preguntas, o en el mismo acto de preguntar; me atrevería a decir que el primer lenguaje fue una pregunta”*

En la primera historia de este libro, la protagonista, Lía, pide: *Mamá ¿me contás de vuelta tus historias?* Hay algo fundacional en esa pregunta que va a guiarnos a través de todos los relatos. Preguntarnos sobre nuestras historias es fundamental en la formación y transformación de nuestra identidad. Recuperar las historias no contadas o distorsionadas de estas mujeres y traerlas aquí y ahora con las reconstrucciones de sus vidas, además de ser un hermoso libro, es también un acto de justicia.

Roxana D’Auro

Roxana D’Auro es productora y conductora desde 2018 de El Chiringuito, un programa de radio sobre literatura infantil y juvenil. Obtuvo en 2023 el Premio Pregonero al mejor programa de radio sobre literatura infantil de Argentina, entregado por la Fundación El libro y en 2021 el Premio Nacional y Latinoamericano de LIJ “La hormiguita viajera” en la categoría radio entregado por la Biblioteca Popular Madre Teresa. Roxana es docente de nivel secundario en escuelas públicas de la ciudad de La Plata, escribe y dicta talleres literarios desde el 2011.



Introducción

¿Qué imágenes tenemos de alguien que va a la universidad? ¿y sobre las mujeres en la universidad? En el presente y en el pasado, ¿siempre han sido las mismas? ¿Qué sabemos de ellas? A partir de un conjunto de relatos ficcionados, este libro narra historias de mujeres que formaron parte de la Universidad Nacional de La Plata en el siglo XX.

Desde un enfoque interseccional y diverso, *diagonal*, contamos historias que contemplan diferentes carreras, ocupaciones y tareas, y que incorporan referencias a la vida cotidiana. Esperamos que ustedes puedan llevarse de estas páginas algunas preguntas sobre los estereotipos y las representaciones sociales de las mujeres universitarias.

Además de ser abogadas, calculistas, artistas, biólogas, agrónomas, antropólogas, visitadoras de higiene, geólogas, ¿qué hacían estas mujeres?; ¿cuáles eran sus trabajos?; ¿cómo era la vida cotidiana en la sociedad en el momento en que vivieron?; ¿cómo eran vistas?; ¿hay una sola forma de ser universitaria?. Éstas y otras preguntas fueron las que nos llevaron a elegir un puñado de biografías. Para ello, nos posicionamos desde una perspectiva situada, que nos permitiera mostrar los matices y las complejidades propias de cada trayectoria de vida.

Este libro surge de un proyecto presentado en la Convocatoria Ideas-Proyecto de Cultura Científica de la Universidad Nacional de La Plata. El mismo fue elegido en el 2023 por la Dirección de Promoción de la Cultura Científica de la Secretaría de Ciencia y Técnica de dicha universidad. La propuesta dialoga con los avances alcanzados en políticas de género en los últimos años y pretende alcanzar un público amplio, con especial énfasis en las niñeces y juventudes.

Si bien se han desarrollado numerosas iniciativas para visibilizar a las mujeres en la historia de las instituciones de enseñanza y científicas, aún queda camino por recorrer. Diversos estudios han mostrado cómo la ausencia de relatos y referencias femeninas en los primeros años formativos generan una visión androcéntrica y limitada respecto de las personas que se dedican a la ciencia.

La imagen de las personas universitarias y/o científicas es asociada por lo general a ciertos estereotipos: varones, blancos, rodeados de libros, probetas y microscopios, usando delantal blanco y anteojos (Serna-Rosell y Vílchez-González, 2018). Estas imágenes se han detectado tanto en las niñeces como en personas adultas, generando “creencias y percepciones distorsionadas, producto de una cultura androcéntrica que se perpetúa desde los comienzos de la historia” y que no solo repercuten en todos los contextos sociales; sino que dejan también su impronta en el mundo familiar y educativo (Edelsztein, Guastavino y Mileo, 2020:1).

Abriendo diagonales es un proyecto que busca promover desde temprana edad vocaciones científicas y universitarias, y multiplicar relatos que incluyan a las mujeres como protagonistas. Su originalidad radica en construir narrativas locales y diversas de mujeres vinculadas a la Universidad Nacional de La Plata. El resultado final es este libro, compuesto por ilustraciones y textos que dialogan entre sí, mostrando otras facetas poco exploradas de sus biografías. A través de la ficción, buscamos evitar el relato heroico o existista, para dar paso a las complejidades propias de la vida de las personas. Así, este libro abarca diferentes carreras y saberes universitarios, distintas épocas y diversos perfiles.

En las últimas décadas, el papel de las mujeres en las ciencias y en las instituciones académicas ha sido objeto de nuevas investigaciones y ha ocupado un lugar cada vez mayor en la comunicación y divulgación científica. Llevar adelante este proyecto, incluso en un contexto adverso, es una muestra de ello. Como equipo, ratificamos nuestro compromiso político, ético y cultural con las iniciativas que abonan a la ampliación de los derechos de las mujeres y de las disidencias.

A pesar de que estos temas se han multiplicado, la mayoría de los materiales de divulgación suelen dar mayor visibilidad a las mujeres vinculadas a las ciencias exactas y naturales, aportando a un estereotipo de ciencia que deja con menor representación a las ciencias sociales, jurídicas, humanas y artísticas. Asimismo, son escasas las referencias a mujeres universitarias de la Universidad Nacional de La Plata. De esta forma, en este libro se visibiliza que estudiar o hacer ciencia no son sinónimos de delantal blanco, anteojos y probetas.

En la medida en que el lenguaje y la comunicación refuerzan estereotipos y discriminaciones, también su revisión otorga la posibilidad de visibilizar, nombrar lo que existe y poner en relieve las asimetrías. De allí la importancia de narrar historias con perspectiva interseccional y de género.

Este andar sobre la ciencia no es borrón y cuenta nueva, es pisar sobre las huellas que ellas y otrxs dejaron. Este libro es una celebración de la memoria que interpela tanto el pasado como el presente, para reivindicar los lugares que las mujeres siempre ocupamos.

Sobre el proceso de este libro

Abriendo diagonales no escapó al desafío de escribir sobre las mujeres en la historia. Si bien los relatos son ficcionados, pasamos mucho tiempo reconstruyendo sus vidas. Los datos históricos son dispares. En algunos casos, pudimos rastrear y reconstruir más y en otros menos. En todos los relatos, los aportes científicos están presentes. Sin embargo, lo más complejo fue reconstruir sus vidas personales. Para acercarnos a ellas, recorrimos bibliotecas y archivos, buceamos en internet, miramos registros de nacimientos, bautismos y muertes y también documentos laborales, fotos, notas de diarios y revistas, entre otras cosas. También hablamos con quienes ya habían trabajado en estos temas, con quienes guardan los archivos y leímos muchos artículos y libros. Hicimos, sin duda, un trabajo de investigación. Los relatos muestran la punta del iceberg de toda la información que recopilamos. Una parte de ese trabajo se puede ver en el código QR que está al final del libro, con materiales ampliatorios sobre las mujeres y sus épocas.

Pero debemos confesar que tuvimos que controlar nuestros hábitos académicos que nos mandaban a buscar más y más información, para darle paso a la imaginación. No queríamos hacer un libro informativo, tampoco que hablara solamente de los logros científicos. Queríamos relatar a estas mujeres de otro modo. Además de visibilizar sus biografías y sus trabajos, quedaba mucho para decir.

El trabajo de las ilustraciones merece una mención aparte. Cada integrante del equipo trabajó junto a la ilustradora Alicia Pez para pensar qué idea se representaría. Ella fue haciendo bocetos a partir de estas propuestas y luego trabajó con las imágenes finales, realizadas en acuarela y tinta. Cada ilustración dialoga con nuestro objetivo general, mostrando a estas mujeres en sus vidas cotidianas.

Así, la idea de *Abriendo diagonales* es entretejer el quehacer científico de estas mujeres con la narrativa. Esperamos que estos relatos sean el principio de distintas búsquedas para curiosear sobre las vidas de muchas mujeres científicas y universitarias.

Agradecimientos

Este libro se realizó gracias a una suma de voluntades y deseos que confluyeron en encuentros, intercambios, ayudas y colaboraciones hermosas. Primero que nada, queremos agradecer al equipo de la Dirección de Promoción de la Cultura Científica de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNLP y al equipo de EDULP por el acompañamiento en la gestión y concreción del proyecto.

También agradecemos a Juan Fernández Marauda por las sugerencias para la redacción y revisión de nuestros relatos y a Roxana D´Auro por aceptar nuestra propuesta de escribir un prólogo.

Agradecemos también a Mónica López D´Urso, Museóloga y Vicedirectora del Museo de Astronomía y Geofísica de la UNLP por su charla e interés al compartir información de las calculistas del Observatorio.

También recibimos la colaboración del Archivo Histórico Prof. Zulma Totis del Liceo Víctor Mercante. Gracias especialmente a Ingrid Jaschek.

...queremos estabilidad laboral, base del progreso de las escuelas
y el engrandecimiento de la patria"



AMOR A LA TIERRA

Ana Carolina Arias

Es agosto y el frío húmedo de la ciudad se siente hasta en los huesos. En la casa de la familia Encalada la sobremesa se extiende junto a una pila de libros y el hogar encendido. Los niños más pequeños se pelean por los dos sillones individuales, mientras que las hermanas mayores se acomodan en el sillón grande. El padre se ha retirado a su despacho a terminar su trabajo para las clases del día siguiente en la facultad.

La luz tenue del fuego ilumina la habitación, resaltando los firuletes de colores verdes y azules del tapizado de los sillones, que es el mismo de las cortinas que cubren la ventana de la calle. A los lados de cada sillón pequeño, dos lámparas cubren con su luz a los lectores. Al centro, sobre la mesa ratona, cuelga un mantel blanco con detalles bordados de pequeñas hojas, margaritas y girasoles. Sobre él, un florero con clavias y caléndulas del jardín de invierno.

Es la hora de las lecturas, pero Lía quiere otra cosa.

Mamá ¿me contás de vuelta tus historias?

Y aunque Lía ya se las sabía de memoria, se acomodó en un almohadón junto al fuego para escucharla. Sus hermanas y hermanos, que parecían estar ya viajando por otros universos, frenaron sus lecturas para escuchar también.

Con su papá nos conocimos muy jovencitos. Francisco era uno de mis tantos compañeros en Santa Catalina, el instituto agrícola donde hicimos nuestros estudios. Yo era maestra y trabajaba en la escuela graduada de niñas de la calle Tacuarí, en Buenos Aires, pero me apasionaba todo lo que era el campo, las plantas, la ciencia.

Y aunque estudié una carrera que ofrecía mucho trabajo para mis compañeros varones, yo seguí como maestra, porque para nosotras no era tan fácil.

A su papá y a mí siempre nos gustó hacer cosas juntos.

Nunca olvidaré esa tarde calurosa de diciembre de 1900, en la primera reunión de la Asociación de Maestros. Las hojas de los tilos estaban inmóviles, pesadas bajo la humedad y el calor del verano platense.

Yo caminaba por la vereda, una mano enroscada en el brazo de Francisco, la otra sosteniendo el abanico. Usaba esa capelina blanca decorada con flores que tanto me gustaba.

Una vez que estuvimos ahí, en el Club La Plata, nos encontramos con maestras y maestros de 46 ciudades distintas de la provincia. ¡Fue tan emocionante! Discutimos y hablamos mucho y me eligieron como integrante de la Comisión Directiva. Bueno, a su papá también. Él era vicepresidente y yo estaba de vocal. Trabajamos muchísimo para el mejoramiento moral y material de los maestros... organizamos conferencias, creamos bibliotecas, propusimos cambios en los reglamentos y, sobre todo, creamos lazos de solidaridad y compañerismo.

También estuvimos presentes con Francisco cuando se organizó el Centro Nacional de Ingenieros Agrónomos en 1906. Allí nos encontramos los ingenieros que compartíamos un mismo espíritu: el amor por la tierra. Siempre pensábamos ideas para defender nuestros derechos y que otras personas pudieran conocer nuestra profesión.

Otro momento inolvidable fue nuestra colación de grado. La Universidad de La Plata se había nacionalizado y allí estábamos con tu papá recibiendo el diploma de Ingenieros Agrónomos. También estaban mis amigas, Amalia y Celia que eran agrónomas y maestras como yo. Y otras de sus compañeras de las clases de pedagogía, como Juana Cortelezzi, Dominga Lanza y Carolina Spegazzini. Hasta salimos en los diarios y las revistas de la ciudad, el acto estaba lleno de gente y luego asistimos a una cena maravillosa.

Fueron días hermosos.

Y aunque no pude cumplir mis anhelos de trabajar como ingeniera, estoy muy contenta con mi vida y con ustedes, mis hijos. Deseo con el corazón que ustedes puedan llevar adelante sus sueños.

Los bostezos comenzaron a contagiarse. El día estaba llegando a su fin. Ninfa suspiró y miró con una sonrisa a cada uno de sus hijos, sin saber que algún día su deseo se haría realidad.

★

Ahora es Lía quien cuenta el relato a sus hijos. Ella, que siguió los pasos de su madre, fue la primera mujer en recibirse como ingeniera agrónoma en la Universidad de Buenos Aires, en 1927. Sus hijos, y los hijos de sus hijos, seguirán con el espíritu del amor a la tierra hasta el día de hoy.

*

Hoy en día, desde el año 2022, la Asociación de Mujeres de la Ruralidad Argentina, en el marco del Día Internacional de la Mujer Rural, entrega los premios Lía Encalada, con el objetivo de visibilizar y destacar la labor de las mujeres rurales de todo el país.

* * *

Esta historia está inspirada en la vida de Ninfa Natividad Fleury (1873-1945), una de las primeras mujeres en recibirse como ingeniera agrónoma en La Plata y en la Argentina. Su trabajo de tesis se tituló “Estudio del aire atmosférico”. Y como lamentablemente suele pasar (sobre todo con las mujeres), muchos de los detalles de su vida se han perdido en las arenas del tiempo. Por esos años, también se recibieron como ingenieras agrónomas Celia Silva Lynch y Amalia Vicentini. Ellas también hicieron estudios en la UNLP para tener el título de profesoras de enseñanza secundaria y superior.

Ninfa se casó con Francisco del Rosario Encalada y tuvieron cinco hijos: Lía Ana, Francisco Gregorio, Germán Manuel, Julia Clepia y Ofelia Ninfa.

El 26 de diciembre de 1900 se reunieron delegados de cuarenta y cinco distritos bonaerenses para crear la Asociación de Maestros de la Provincia de Buenos Aires. Aunque el 60% de las personas presentes eran mujeres, los presidentes que se sucedieron anualmente hasta 1920 fueron hombres. Esta asociación eligió, en 1911, celebrar el 11 de septiembre como el día del maestro, en homenaje a Sarmiento.

El 28 de julio de 1906 se creó en la ciudad de La Plata el Centro Nacional de Ingenieros Agrónomos, a raíz de la asociación de los primeros ingenieros agrónomos formados en las también primeras instituciones de enseñanza superior de las ciencias agronómicas del país, el Instituto de Agronomía y Veterinaria de Santa Catalina y la Facultad de Agronomía y Veterinaria de la Provincia de Buenos Aires.





Fernanda Day Pilaría

Retumban unos pasos apurados en el pasillo destemplado de la Escuela Normal Superior Mary O. Graham. Son de Elvira Vega, la secretaria que entra a la clase de matemáticas.

—Señorita Peña, acompáñeme.

Al mismo tiempo le indica a los estudiantes que aguarden en sus pupitres el regreso de la profesora.

De nuevo en el pasillo, Elvira, más afectuosa y emocionada, le dice a Virginia que un investigador del Observatorio vino a buscarla.

—Quise conocer el motivo de su visita, pero no soltó prenda alguna el buen hombre. ¡Apuesto eh!

—¡Ay Elvira, no aumentes mi intriga por favor! ¿Qué tendré que hablar yo con un señor del Observatorio? ¡si no se nada de planetas ni de cosas del cielo!

Entran en la pequeña oficina abarrotada de libros, carpetas y papeles y se encuentran con el señor del Observatorio, que se presenta mientras extiende su mano derecha para saludar:

—Profesora Peña, un gusto, soy el ingeniero Álvaro Burham. Me dicen que usted es una experta en matemáticas.

—Bueno, le agradezco el cumplido, pero yo solo enseño...

—Sí señor, ella es notable, hace magia con los números—, interrumpe Elvira, conociendo la modestia de Virginia, que los mira seria y cada vez más nerviosa.

—Muy bien, le cuento la propuesta entonces. La invitamos a que se sume al equipo de calculistas del Observatorio Astronómico de nuestra ciudad.

Corre el año 1909 y Virginia llega ansiosa a su casa para contar la novedad del día... de la semana... ¡del año! Su padre, orgulloso, la autoriza. Al otro día, él mismo la acompaña al Observatorio. Caminan juntos por el Bosque y al pasar por el Teatro del Lago divisan las cúpulas de los telescopios.

Ese camino nunca se volverá rutina.

¿Cuántos pasos habrá entre el Zoológico y el Museo? Y en metros, ¿cuánto será?

¿Cuánto segundos tardará esa hoja de color ocre en caer al suelo?

Esa nube esponjosa que va rápido se junta con esa otra en 3, 2, 1... ¡pum!

Contando cosas, por fin llega al pórtico de hierro forjado que le da la bienvenida. Pasa por la Sala de relojes que huele a tiempo y precisión: esa que requieren los sismógrafos, telescopios y demás instrumentos para funcionar a horario. Repara en las cápsulas que encierran el baile de los péndulos. ¿Cómo ese vaivén confinado precisa el tiempo solar, sideral, universal? Tic-tac, tic-tac, tic-tac... siempre espera tres bailes, sonrío por su juego diario y sigue...

En la Oficina de Observaciones recibe las placas de vidrio con los datos que recolectaron los astrónomos el día anterior. Se acomoda en la larga mesa de roble que comparte con otras calculistas, entre las que está su amiga Antonia Saffores. Delante de ellas, la Millonaria. Esa pequeña gran máquina que alivia la tarea porque multiplica dos números directamente. Así, los cálculos interminables que invaden la mesa de trabajo van siendo acomodados en tablas de uso, constantes y otras fórmulas que luego usarán los astrónomos para conocer los movimientos de los planetas y medir distancias entre las estrellas.

Con agosto recibe su primer pago, el mismo que perciben sus compañeros calculistas. Ahora sí puede ir a comprarse ese tapado de paño azul con sutiles rayas blancas que tanto había admirado en el escaparate de la tienda Gath & Chaves. Al salir, se encuentra con Elvira y Álvaro que van a tomar el té. Cómplice, los saluda y sigue.

Disfruta del tibio sol mientras baja por la calle 50 hacia el Observatorio.

Será otro día de números para darle forma al cielo.

*

Cuentan algunos documentos que una Virginia muy joven, con apenas 17 años, fue convocada para trabajar en el Observatorio cuando era Profesora de matemáticas en la Escuela Normal Superior “Mary O. Graham”, También cuentan que fue profesora en la Escuela de Educación Secundaria Técnica “Albert Thomas”.

Esta historia está inspirada en esos tiempos, en el trabajo que realizó Virginia Peña entre 1909 y 1923 en el Observatorio Astronómico. Hoy allí funciona la Facultad de Ciencias Astronómicas y Geofísicas de la Universidad Nacional de La Plata.

Las personas calculistas tenían una base sólida en matemáticas y recibían entrenamiento de los astrónomos del Observatorio. Virginia y otras calculistas supernumerarias como Antonia Saffores realizaban “cálculos” a partir de los datos que recopilaban los astrónomos. Los aplicaban de forma estadística, sobre temas propios de la astronomía, como la posición de las estrellas y los desplazamientos de los cuerpos celestes. Eran verdaderas computadoras humanas.

La Millonaria, así llamaban a la máquina que organizaba los datos, era de difícil manejo, requería de gran habilidad, esa que tenían los y las calculistas!





ENFRENTANDO VIEJAS IDEAS DE JUSTICIA MASCULINA

Ana Carolina Arias

María Angélica sale a la vereda y lustra con dedicación la placa dorada en la cual se lee su nombre y abajo, en grandes letras, “abogada”. De vuelta dentro de la casa, acomoda sus libros sobre el escritorio y echa un vistazo a los muebles de la sala. Todo está en orden. Se dirige luego al patio donde su madre toma mate bajo la sombra de la palmera y pide a sus hermanas que traigan las masitas. Pronto llegarán los reporteros de *Caras y Caretas*, quienes vienen a conocer su historia.

Es 1910 y María Angélica se había recibido de abogada. Su historia no era muy común. Unos años antes, en 1906, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de La Plata había 3 alumnas y 67 alumnos. Una de ellas era María Angélica, quien se convirtió en la primera mujer abogada de la Argentina. Tratemos de imaginar... ¿cómo sería para ellas estudiar en esa época siendo tan pocas? ¿qué opinaría “la sociedad” sobre este interés en estudiar derecho? Les puedo dar algunas pistas: no fue nada fácil. En esos años, muchas personas creían que las mujeres tenían su lugar “natural” en el hogar y en la familia, y no en las aulas.

Volvamos un poco más en el tiempo. Antes de ser abogada, María Angélica estudió para ser maestra en la Escuela Normal 1, en el centro de La Plata, bajo la dirección de Mary Olstine Graham. Esta profesora es conocida por alentar a sus alumnas para que continuaran estudiando en la universidad. Además, por sus clases pasaron algunas destacadas feministas de comienzos del siglo XX, como la militante socialista Raquel Camaña y la uruguaya María Abella Ramírez.

María Angélica vivía con su mamá viuda y sus hermanas; y tenía ganas de estudiar medicina. Pero para eso tenía que viajar a Buenos Aires, porque en La Plata aún no estaba esa carrera. En ese momento era difícil para ella trasladarse, así que decidió estudiar para ser abogada en la Universidad de La Plata, que en 1906 pasó de ser provincial a nacional. Cuando obtuvo su diploma de abogada, se matriculó sin inconvenientes en la Capital Federal el 19 de mayo de 1910; pero cuando quiso hacerlo en la Suprema Corte de la Provincia, el Procurador Manuel E. Escobar se opuso a que una mujer se dedicara a esa profesión. Este señor decía que por ser mujer tenía una “verdadera *capitis diminutio*”, es decir una disminución

de sus capacidades. También decía que -comparadas con los hombres- las mujeres tenían menos temperamento, eran más frágiles y pudorosas. ¡Cómo se equivocaba!

María Angélica no se quedó de brazos cruzados. Junto al abogado Rodolfo Moreno, presentó su propia defensa ante la Suprema Corte de Justicia, en la cual se ocupó de dejar muy en claro sus argumentos y su conocimiento sobre las leyes argentinas, que no impedían en absoluto que una mujer pudiera trabajar como abogada. María Angélica terminó su defensa proclamando: “No se puede volver atrás para destruir una conquista. La mujer ha ganado su puesto y nadie puede estorbarle el paso”.

Su caso se difundió en diferentes medios de la época, con opiniones a favor y en contra. Ahora volvamos al principio. Tan famosa se hizo, que la conocida revista *Caras y Caretas* la retrató en su casa, con su vestido y un jabot ondulado y llamativo alrededor del cuello. En las fotos mira hacia arriba, con un gesto de confianza. También posa junto a su madre, sentada en el patio y rodeadas de plantas. ¿Cómo sería la vida cotidiana de estas mujeres? ¿con qué clase de labores su madre había pagado los estudios de María Angélica? ¿qué pensaría ella sobre las luchas que su hija encarnaba?

Finalmente, con un dictamen dividido, la solicitud de María Angélica Barreda fue exitosa y el 18 de junio de 1910 prestó juramento para ser inscripta en la matrícula provincial. Hizo muchas cosas en su vida, con esfuerzo y pasión. Trabajó como abogada durante cuarenta años, participando en más de 500 juicios hasta su jubilación en 1952. Entre ellos se destaca el que le ganó a Raúl Díaz, gobernador de la provincia. Además, estudió para ser traductora en varios idiomas: inglés, francés, italiano y portugués; y fue Jefa de asuntos legales de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires. También se casó (y se divorció) y fue una activista en la lucha por los derechos de la mujer, participando en espacios como la Asociación de Universitarias Argentinas.

María Angélica logró trabajar como abogada. Hubo otras que se animaron, como Celia Tapias en Buenos Aires o Celia O. Torreta y Orfilia Vázquez en La Plata. Pero este impulso no fue seguido por muchas mujeres: todavía había muchas ideas que derribar acerca de su lugar social. Quedaban aún muchos derechos y espacios para conquistar en los ámbitos de trabajo. Muchas de las estudiantes de la Universidad de La Plata en las primeras décadas del siglo XX eligieron la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Química y Farmacia y Bellas Artes, las cuales ofrecían carreras con salidas laborales concretas, principalmente la enseñanza en primaria y secundaria o el trabajo en el marco de empresas familiares, en el caso de las farmacéuticas. Pero eso ya es parte de otras historias.

* * *

Esta es una historia inspirada en la vida de María Angélica Barreda, que nació en La Plata el 15 de mayo de 1887. En 1910 logró ser la primera abogada de la Argentina y ese mismo año participó del Primer Congreso Femenino Internacional, organizado en Buenos Aires por la Asociación de Universitarias Argentinas. En la misma se reunían mujeres como las conocidas médicas y sufragistas Julieta Lanteri y Cecilia Grierson. María Angélica, además de elegir una profesión que era entonces mayormente masculina, fue una activa luchadora por los derechos de las mujeres.

Falleció en La Plata, el 21 de julio de 1963. Era hija de Alberto Barreda Hernández, profesor de esgrima, y de Rita Fernández Lobato.





Julián Cueto

Sobre el extremo derecho de la mesa había frascos, papeles, rocas, vasos, platos usados y algún cubierto abandonado. Era una mesa larga, de madera oscura, que se extendía por todo el comedor, justo para poder reunir a todas las hermanas Cortelezzi durante los almuerzos de los domingos.

—Ana, por favor, quedate quieta un segundo— dijo Juana, mientras enfocaba su novísima cámara fotográfica *Voigtländer Inos II*, comprada hacía unos meses en Alemania.

—No seas pesada, Juana, estoy acomodando la bandeja para que se vea bien— le contestó concentrada Ana, mientras ponía el panettone recién hecho en una bandeja de metal, sobre la punta izquierda de la mesa— Carmen, esto tiene un aroma delicioso, ¡mirá la textura que tiene!

Carmen sonrió y pensó en que todo se debía a la estructura que formaba el gluten y mantenía los gases provocados por la acción de las levaduras. Lo había estudiado en la facultad. Siempre fantaseaba con la idea de acercar la Química a la cocina, que se daba tan bien. Era profesora de Química y Minerología, así que estaba vinculada a las Ciencias Naturales como el resto de sus hermanas, Juana, Sarah, Ana y María. Cada una de ellas, a su manera, tenían alguna relación con la docencia: Juana fue la primera mujer en obtener un cargo de profesora titular en la Universidad -más específicamente en el Museo- y además ejerció durante décadas la docencia y la dirección del Colegio de Señoritas. Sin embargo, antes se había recibido como profesora de Ciencias Naturales y Química en la Facultad de Humanidades. Sarah fue la autora de la primera tesis doctoral sobre un tema geológico del Museo de La Plata, donde también dio clases. Además, fue profesora de Ciencias Naturales en el Colegio de Señoritas. Ana, por su parte, se dedicó a la paleontología y se doctoró en 1928 en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo. El caso de María era un poco diferente. Ella estudió en el Museo, pero en la Escuela de Dibujo. Se recibió como profesora de dibujo para Enseñanza Primaria e Industrial y se dedicó al dibujo técnico y a la cartografía. En fin, las cinco hermanas estaban cerca de la Universidad, las ciencias naturales y el Museo.

Carmen seguía viendo el panettone, absorta en la complejidad de esas cavernas que se habían formado en la masa.

—Carmen, mírame y acercate un poco a María, que no vas a salir en la foto.

Carmen volvió en sí y miró a su hermana, dio dos pequeños pasos hacia la derecha y se acercó a ella. María, “la artista”, tenía un vestido verde inglés con flores blancas y amarillas que le llegaba hasta las rodillas. Carmen pensó en que se parecían a las ilustraciones que María hacía en su escritorio cuando eran chicas, una y otra vez, en las tardes de verano cuando no tenía clases en el secundario. Pero las flores de su vestido también conformaban un entramado que parecía un plano, como los que ahora hacía en el Ministerio de Obras Públicas, donde trabajaba. Recordó a su hermana de espaldas, con algunos años más que ella, sentada frente a la ventana, dibujando por horas con rocas, plantas y huesos como modelos, el olor de la tinta, el sonido de los lápices chocando entre sí contra la madera del escritorio y las manchas de carbonilla sobre la falda. Extrañaba esos días en la casa de sus padres y las atmósferas que solo pueden crearse cuando hay muchos hermanos que van perfilando sus personalidades e intereses.

Se dio cuenta de que hacía mucho que no se sacaban una foto. Mucho menos una tomada por Juana. Es más, no recordaba tener ninguna de las cuatro. Pero ahí estaban, en esos días de marzo en que La Plata se llena de mariposas, celebrando el cumpleaños de Juana en un mediodía en donde el aire estaba cálido y húmedo, como el panettone que había preparado para el postre.

Ana no se quedaba quieta. Ahora movía unas rocas que estaban sobre un estante, eran algunos ejemplares que Juana no había incluido en la colección mineralógica del Liceo. Tomó una de ellas y comenzó a mirarla entre sus dedos. Con ojo experto, sopesaba los clivajes de los cristales con desconcierto, algo no encajaba.

—Juanita, ¿esta de dónde es? ¿cómo puede ser esta fractura?

— ¡Pero no! ¡esa es la más importante de la colección! — rió Juana por detrás de la cámara — La piedrita esa la encontró papá en una obra por Tolosa. La verdad no sé de dónde será, pero las marcas que tiene las hicieron los muchachos con los cinceles. Según me comentó, en ese entonces era muy jovencito, era de los primeros trabajos que hacía como albañil y esa roca le llamó la atención. Viste cómo era papá...

Ana oyó en su interior la risa de su padre y sintió la mano de Sarah en su espalda.

—Anita, poné la roca acá, junto al postre de Carmen. Así salen ellos en la foto también... y mirá aquella de allá, la caliza. ¿Te acordás de esa?

Ana tomó la roca con su mano derecha, el mínimo contacto le bastó para contestar:

—Claro, ¿cómo no me voy a acordar? Esta roca la encontramos en esas vacaciones en el Lago Agrio, creo que fue la primera vez que encontré un fósil de molusco. Tendría 10 años... No sabía que la tuvieras ubicada en casa, ¿dónde estaba?

—Estaba arriba, junto a la ventana que da al parque. Pero, por favor, quedate quieta.

Carmen observaba a sus hermanas. Ahora Juana le decía a María cómo posar para la fotografía mientras Ana se reía por las caras que hacía su hermana mayor, con su hallazgo de la infancia en la mano. Sarah apoyaba la punta de sus dedos sobre la mesa de madera y jugaba con ellos como si tocara el piano.

Carmen recordó que Sarah hacía eso desde chica y de pronto imaginó que el tiempo no había pasado. Eran cinco niñas que corrían por las escalinatas del Museo de La Plata mientras su madre las llamaba desde la sombra tímida de los árboles que empezaban a poblar el Bosque platense. Ahora que lo pensaba, desde siempre las Ciencias Naturales habían estado presentes en sus vidas, en sus juegos, sus intereses y luego, en sus carreras. Era como un hilo que las unía, un común denominador, pero también un refugio.

La ceja de Juana se arqueó, era una pena que no hubiera nadie más para sacar una foto de las cinco.

¡Click! El sonido seco del obturador atravesó la sala.

—¡Ana! ¡Te dije que te quedas quieta!

* * *

Esta historia está inspirada en María, Juana, Sarah, Ana y Carmen Cortelezzi, que fueron cinco hermanas nacidas en la ciudad de La Plata entre fines del siglo XIX y principios del XX. Todas ellas estuvieron vinculadas a las Ciencias Naturales, al Museo de La Plata y a la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) en algún momento de sus trayectorias.

María era Profesora de dibujo para Enseñanza Primaria e Industrial, estudió esta carrera en la Escuela de Dibujo de la Universidad, que en aquel entonces funcionaba en el Museo de La Plata. En 1909 fue parte de la primera cohorte egresada de la UNLP, creada unos pocos años antes. En 1911 se graduó como dibujante cartógrafa, también en la Escuela de Dibujo. Posteriormente se desempeñó como dibujante de mapas en el Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires.

Juana se graduó como farmacéutica y profesora de enseñanza secundaria en Historia Natural y Química en la Facultad de Ciencias Naturales en 1909, como María, estuvo en la primera cohorte que egresó

de la UNLP. Desde temprana edad comenzó a dar clases en el Colegio de Señoritas de la UNLP (actualmente el Liceo Víctor Mercante) y en 1933 fue designada como rectora de la institución. En cuanto a su trayectoria como docente investigadora en Educación Superior, en 1927 obtuvo un doctorado con especialización en Química y en 1928 comenzó a desempeñarse en Geología. En 1933 se convirtió en la primera mujer en alcanzar el cargo de profesora titular en la UNLP al ganar el concurso para esa posición en la cátedra de Mineralogía y Petrología.

Sarah fue la persona en obtener un doctorado sobre temas geológicos en el Museo de La Plata, en 1932. Fue Ayudante de laboratorio, de Sección y de Preparación de Colecciones en el Museo. En 1920 comenzó a desempeñarse como Jefa de Trabajos Prácticos en Mineralogía, Petrografía, Geología y Geografía Física, y fue designada oficialmente en el cargo en 1924. Luego, ejerció la docencia en el Colegio de Señoritas de la UNLP.

Ana Cortelezzi se dedicó a la paleontología. En 1928 obtuvo su doctorado en Ciencias Naturales en el Museo de La Plata.

Carmen Cortelezzi también se dedicó a las Ciencias Naturales con un perfil docente. Obtuvo el título de Profesora de Química y Mineralogía.





ENTRE FLORES Y RUGIDOS, LAS ANDANZAS DE ISABEL

Melisa Auge

Isabel despertó con el ruido de algo al caer. De a poquito empezó a ver con claridad la habitación y las partículas de polvo que bailaban en los rayitos del sol. Las cortinas también acompañaban la danza. Todo se movía. El traqueteo de aquel día era algo más violento que el de ayer, y que el de antes de ayer. ¡Es que es la primera vez que una lata a motor del tamaño de un micro, con camas, baño y un microscopio se abría camino por los campos patagónicos!

Lentamente sacó un pie, un brazo, la pierna entera, se acomodó a la temperatura de afuera de la frazada y tomó coraje para empezar a vestirse. Tarareando un tango de Rosita fue preparando el desayuno.

*No llore, madrecita, no aumente más mi pena
y séquese esas lágrimas que me hacen tanto mal...*

Acarreó el mate cocido y unas tostadas a la parte delantera de la casa-laboratorio-rodante para saludar a Max. Él llevaba toda la noche manejando para poder alcanzar ese día uno de los menucos en los que debían tomar muestras de microfauna acuática. Seguro ya estarían cerca... y seguro le tocaría pescar a ella. ¿Será que ya se estaba arrepintiendo de encarar ese viaje? ¿sólo por no querer entrar hasta las rodillas en esos ojos de agua dulce con 5°C? Esperaba comprobar la veracidad de aquellas historias que aseguraban que el agua proveniente del inframundo siempre se mantenía a placenteros 20°C.

Cuando dejaron el laboratorio del Museo de La Plata para subirse a esta aventura rodante hubiera jurado que no extrañaría la incomodidad de esos pasillos subterráneos, oscuros y mohosos, pero al parar el coche en el medio de la planicie santacruceña, con una sonrisa confirmó que no extrañaba nada.

Isabel no era una mujer nómade, ella era un ser generalizado, potencialmente adaptable a cualquier aventura que su vida y su carrera científica le pusieran por delante. Agarró la red de seda, los frascos destinados a la pesca y se arremangó los pantalones.

*Perdóname si un día, yo tuve el desatino
de huir del buen camino, burlándome de ti.*

Entre el agua saboreó el calor del sol estival. No vamos a decir que no tiritaba, nunca jamás diremos que en un pequeño segundo no quiso estar de nuevo en la cama. Pero esto era hermoso.

Mientras Max descansaba, ella acomodó los frascos llenos de copépodos junto a los amonites y se adentró en los campos. Lejos había quedado la última posta que oficiaba de almacén y en el recuerdo guardaba la imagen del último pedacito de camino con forma de camino. El aroma dulzón la invadió mientras recolectaba ejemplares patagónicos para el herbario de viaje. Estaba rodeada de hermosas matas de uña de gato. Una ramita para el herbario, una florcita para el sombrero.

Un rugido, dos rugidos... al tercero ya Isabel se impacientó. En el fresco paisaje, las manos transpiraban bajo los guantes. Si un puma te acecha nunca corrás. Los mejores baqueanos se hacen grandes, lo miran fiero y gritan. AAAHHHHHGGGGGG.

¡Sería más sencillo sobrevivir a un puma que al hambre que la acorralaba! Si no fuera porque hacia un lado y al otro solo veía los campos sembrados de las doradas flores... ¿dónde estaría la enlatada casa? Nunca aprendería, nunca. Es que la fauna era su pasión, pero las plantas su perdición. Una ramita, un fruto, aquella raíz, y de pronto... perdida, desolación, ¡HAMBRE!

*Dame
la ocasión de que te pruebe
que me encuentro arrepentida
de mi burla y mi maldad.*

Si volvía a casa, ¿tenía que volver a usar polleras donde quiera que fuese? Estos pantalones eran tan cómodos. Sonrió por lo bajo, ya había dejado de usar polleras en muchos espacios públicos, y siempre había sabido volver a casa.

Escarbó, escarbó hasta hallar las raíces de las matas. “Siempre se encuentran hacia el oeste”, le dijo el puestero de La Pluma. Siempre hay que creer en las habladurías. Todo mito tiene fondo de verdad.

*Cobarde mil veces, mil veces cobarde
el hombre que un día se fue y no volvió;*

Bajo el peso de la prensa cargada de ejemplares botánicos vió a lo lejos la enorme casa Chevrolet con su cocina y su laboratorio portátil. Qué bueno que Rosita siempre la acompañaba en sus recorridas, siempre era bueno pasear con aires tangueros. Los sustos se convertían en recuerdos y, a la vuelta, por lo general la esperaba un almuerzo.

* * *

Esta historia se inspira en la vida de Isabel Hylton Scott, quien nació un 16 de agosto de 1889. Fue la primera mujer zoóloga en doctorarse en toda la Argentina. Se desempeñó como ayudante de Laboratorio y docente en el Museo de La Plata. Destacan sus estudios sobre peces vivíparos y moluscos. Entre febrero y marzo de 1936 realizó un viaje a Santa Cruz junto a su compañero de vida Max Birabén, también zoólogo.





LAS VISITAS DE LOS MARTES CON LA RADIO EN CASA

Gimena Palermo

Llegamos a casa con mamá y Helenita y enseguida encendimos la estufa. Había salido antes de la escuela porque después del acto del 25 de mayo, a media mañana, nos retiramos. Hacía mucho frío, pero por suerte por la ventana de la cocina entraba mucho sol. Dejé el portafolio en el cuarto y me puse a armar el rompecabezas, me faltaba muy poco para terminarlo. ¡Iba a ser la primera vez que hacía uno de 1000 piezas! Todavía no tenía mucha hambre, porque en la escuela nos habían dado pastelitos.

Como era martes, mamá apurada corrió a prender la radio, dejó a Helenita jugando en el corralito y subió el volumen. Estaban pasando la canción “Besos brujos”, y cuando terminó dieron inicio al programa; mamá lo escuchaba mientras empezaba a preparar la comida. El conductor presentó a las visitadoras de higiene y dijo que hoy iban a hablar de cómo prevenir la tuberculosis.

Sofía Ricci empezó, contó que justo el nombre del tango ya nos introducía en el tema, porque los besos brujos eran esos que podían transmitir la tuberculosis, ya que la saliva podía contagiar, que había que tener precauciones. “Cada día se aprende algo nuevo”, dijo mamá.

Las visitadoras de higiene eran un grupo de mujeres que habían estudiado en la Escuela de Visitadoras de Higiene Social de la Universidad Nacional de La Plata, por lo que sabían mucho de medicina, de cuidados, de leyes, y se ocupaban de comunicar todo eso trabajando en los hospitales, visitando las casas, y participando de programas de radio. A mamá le encantaba escucharlas en la radio, aprendía y se sentía acompañada. Se emocionaba cada vez que decían “estamos acá porque sabemos que lo importante está en lo que se aprende en la casa, en lo que enseñan las madres. Por eso queremos transmitirles todo lo que sabemos, para que sus hijos crezcan sanos, para que sepan cómo cuidarlos y cuidarse”.

“¡Shh! Que quiero escuchar que va a explicar cómo es lo de la vacunación”, me dijo mamá cuando me quejé porque se me había caído una parte del rompecabezas al piso.

Escuché que también estaban hablando de lo importante que era ventilar las casas y tomar un poco de sol todos los días, que eso hacía bien. Yo algo ya sabía, porque cuando estudiamos la fundación de La

Plata, la maestra nos había contado que quienes habían diseñado la ciudad siguieron las ideas de los médicos higienistas, pensando de qué manera podía hacerse una localidad en la que se cuide la salud de sus habitantes y se prevengan enfermedades. Por eso hay en La Plata tantas plazas, veredas anchas, muchos árboles, para que circule el aire y se ventilen los espacios.

Después dijo algo del Club de Madres, y ahí mamá se acordó que cuando llegara papá de trabajar le iba a decir que teníamos que devolver el “canastillo circulante”, que Helenita ya no lo precisaba, y ya estaba limpio y ordenado para que otra familia lo usara. Como mamá formaba parte del Club de Madres, cuando mi hermanita nació, había llegado a casa; traía un montón de cosas para el bebé: colchón, sábanas, frazadas, ropa, un mosquitero, ¡de todo!

Sin darnos cuenta había pasado como una hora, y el programa ya estaba terminando y la comida casi estaba lista, así que era momento de volver a guardar en la caja las piezas que todavía me faltaban para completar el rompecabezas, y asegurarme que queden lejos de los manotazos de Helenita. Me esperaban unas ricas milanesas con puré y, si me portaba bien, mamá dijo que iba a hacer tortas fritas a la tarde. ¡No era cualquier día! Era el aniversario 133 de la revolución de mayo, ¡y martes!

* * *

Esta es una historia inspirada en La Escuela de Visitadoras de Higiene Social (EVHS), que surgió con el propósito de formar agentes que puedan auxiliar la labor de los médicos, a través de actividades educativas, sanitarias y de inspección en los sectores populares. En la Universidad Nacional de La Plata la carrera se abrió en el año 1938. Al respecto se recuperan las palabras de Pilades Dezeo (médico higienista, promotor para la creación de la EVHS en la ciudad de La Plata y su director hasta el año 1942 en que murió), en la Conferencia Inaugural de los Cursos de visitadoras de Higiene en la Facultad de Medicina de La Plata en 1938: “Las visitadoras así preparadas, son verdaderas avanzadas de los organismos médicos internadas en pleno corazón social: ellas llevan la cultura universitaria y sus verdades más allá de las instituciones técnicas, inaccesibles para el público, realizando en forma fácil y continuada una verdadera educación sanitaria popular. El éxito de las visitadoras en sus funciones atrajo la atención de los médicos, aún de aquellos escépticos del primer momento, y día a día, año tras año, nuevas organizaciones médicas reclamaban la cooperación de valiosas colaboradoras. Así se van creando los servicios sociales en dis-

pensarios, maternidades, hospitales. Y surge la necesidad de crear otros agentes de bienestar social para obras de asistencia pública, beneficencia, recreación, industrias, etc., es decir, trabajadores sociales independientes de toda institución médica: los llamados asistentes sociales.” (Facultad de Ciencias Médicas de La Plata, el 7 de abril de 1938)

La formación se llevaba a cabo en dos años, abarcando diferentes especialidades: a) Visitadoras de Higiene Escolar; b) Visitadora para la Profilaxis de la Tuberculosis; c) Visitadora de Obstetricia y Puericultura; d) Visitadora de Puericultura. El núcleo radicaba en la consideración del rol central de las mujeres en la reproducción social, en la transmisión de pautas de comportamiento. Por esto las acciones de las visitadoras estaban focalizadas en el vínculo con las mujeres. Las visitadoras que hicieron uso del espacio radial tuvieron la posibilidad con sus disertaciones de visibilizar problemáticas de las mujeres y en ello también producir complicidades entre las que hablaban y las que eran oídas.





Dulce Daniela Chaves

De niña me maravillaba ver con qué ingenio y habilidad mi abuela Tata, la panadera de Ringuelet, preparaba los pasteles que le encargaban para todo tipo de celebraciones. Una vez, de más grande, le pregunté cuál había sido la torta más extraña que le habían encargado en su vida.

Ya conocía la anécdota de aquel bizcochuelo, pedido por un fanático de Boca, cuyas altas temperaturas habían ocasionado una catástrofe con las franjas de la bandera, mezclando las granas azules y amarillas; y dando por resultado una bandera de color verde. También conocía la historia de una ancianita que casi se rompe un diente en pleno casamiento de su nieto, por morder una de esas bolitas plateadas que por esos tiempos estaban muy de moda en la repostería, más para decorar que para comer; ya que su ingesta era un verdadero atentado a cualquier dentadura.

Pero mi pregunta esta vez era distinta: “¿cuál fue la torta más rara que tuviste que hacer, Tata?” le pregunté con curiosidad. Ella me miró y se sonrió. Hizo una pausa de suspenso de unos pocos segundos, pero que a mí me representó una eternidad. “Te voy a contar”, me dijo, con el tono en el que se anticipa un secreto o un tesoro, que a veces se parecen bastante. “La torta más insólita que me encargaron fue un cráneo...”; a lo que mientras yo mantenía la expresión facial de sorpresa, con los ojos y la boca bien abierta, agregó orgullosa: “¡para una científica del Museo de La Plata!”

Mi abuela me contó que, a inicios de los ‘60s, Marina, nuestra vecina investigadora de la universidad y del CONICET, le pidió un pastel con forma de cráneo humano para celebrar el ascenso de una prestigiosa bióloga que trabajaba en el Museo de La Plata de nuestra ciudad: la docente e investigadora en cuestión era Lilia Esther Chaves de Azcona. El pedido incluía la hazaña de alcanzar el pastel hasta el aula donde impartía clases esta prestigiosa profesora del área de antropología biológica; por lo que se convirtió en un momento muy memorable para la Tata.

En esa conversación, mi amada abuela me comentó que, para realizar el diseño solicitado, acudió al material bibliográfico que tenía a mano: las revistas *Billiken* que les había comprado para la escuela a mamá y a mi tío Rubén. Me dio mucha ternura esta confesión, e intenté imaginarme ese momento de interacción entre dos mujeres tan distintas, pero igualmente valiosas; cada una dando lo mejor dentro de su área de especialidad. Mi abuela, una panadera de un barrio periférico platense, hija de inmigrantes españoles, con sus estudios primarios, realizando una muy planificada obra de arte comestible para una pionera de la Universidad Nacional de La Plata; una de las poquísimas mujeres que había llegado a convertirse en profesora titular en un área y entorno que históricamente había sido protagonizado por varones.

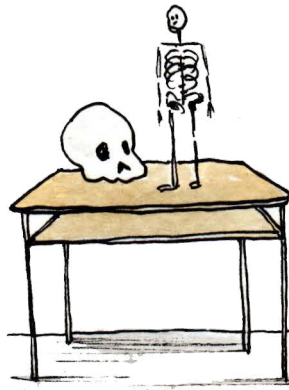
Cuando mi abuela le alcanzó la torta a Lilia, sorprendiéndola mientras ella exponía ante sus estudiantes y dibujaba cráneos diversos en el pizarrón de la facultad, la Tata quedó fascinada con aquella mujer tan segura, tan sabia, tan inteligente. A partir de esa impresión, hay un mito familiar que dice que con el tiempo influyó para que mi mamá se casara con un candidato apellidado “Chaves”, mi papá, con la esperanza que ese símbolo común fungiera de sincronía entre esa científica y las generaciones futuras de nuestro árbol genealógico.

Me pregunto si también mi nombre, Dulce, habrá sido de alguna forma el resultado de aquella anécdota de azúcar y admiración; pero ése es otro relato. Lo cierto es que mi nacimiento coincidió con el año en que Lilia falleció y cuando fui adulta, decidí que parte de mi trabajo en el ámbito académico consistiera en honrar a nuestras antecesoras que hicieron historia, como ella.

* * *

Este cuento ficcionado está inspirado en la vida de Lilia Esther Chaves de Azcona. Nacida en 1917 en la ciudad de las diagonales, Lilia Esther Chaves de Azcona se desarrolló como profesora e investigadora de antropología biológica en el Museo de La Plata. Desde que Lilia ingresó como ayudante de laboratorio, en 1938, no dejó de hacer carrera científica, pasando por distintos cargos y materias, como Antropología Física, Antropología Somática y Paleoantropología, Antropología Biológica I y II y Raciología. En algunas de ellas, incluso, llegó a ser profesora titular. Lo mismo que en la Cátedra de Biología Pedagógica, donde se desempeñó con el máximo puesto en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Trabajó sobre las modificaciones culturales craneanas, dibujando de forma artesanal los perfiles de los cráneos estudiados para comparar entre sí, utilizando instrumentos especializados. Lilia, además, llegó a publicar muchos libros especializados, que aún son conservados en la UNLP. Falleció en la década de los ochenta. En la actualidad, un aula de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo lleva su nombre, en su memoria y honor.





María Huarte Bonnet

El estudio olía a trementina y óleo. Las cortinas se movían lento, dejando pasar apenas unos rayos de sol que iluminaban el piso, algunos libros desordenados y pinceles que ya no servían sobre la mesa. Elsa caminaba tranquila por la habitación mientras repasaba sus poesías favoritas, esperando encontrar en esos versos la pincelada que aún no había dado. Dora, que la había recibido en su casa con pincel y paleta en mano, no dudó en empezar mientras Elsa se preparaba.

No las incomodaba el silencio. Cada tanto se escuchaba el pincel enérgico de Dora sobre el lienzo. Arrastraba un azul marino con movimientos rápidos y decididos, creando líneas gruesas y angulares que parecían partir el espacio en dos. Los libros se acumulaban en el piso y Elsa los revisaba sin apuro.

Sus pinceles corrían de formas diferentes. Elsa, con trazos más suaves, parecía transmitirle al óleo sus pensamientos y recuerdos. Mientras pintaba flores en las esquinas del lienzo, recordaba la ciudad que la vio crecer como artista, sus diagonales. Pétalos blancos empezaron a suavizar la imagen. Dora estaba acostumbrada a las formas geométricas y fragmentadas típicas del cubismo, que intentaban contar algo que no se veía, pero que estaba ahí. Le gustaba crear líneas llenas con colores intensos que dieran una sensación de movimiento y vitalidad, pero veía cómo la sensibilidad de Elsa suavizaba su composición.

Si bien tenían puntos en común, iban para otro lado. No estaban seguras de poder integrar sus estilos en una obra, pero, en realidad, no era eso lo que les interesaba de pintar juntas. Ambas sabían que su diferencia de edad se notaba en cómo se enfrentaban a esa pintura. Dora no podía evitar pensar en todas las mujeres artistas que la habían precedido. Sus obras, relegadas a un segundo plano, eran testimonio de su época y de su lucha por ser reconocidas. Tal vez por eso siempre pintaba, grababa o esculpía con la mirada en alto, firme y decidida, con la fuerza de quien tuvo que vivir demostrando. Elsa, unos catorce

años más joven, se animó a pensar en nuevas temáticas, donde no todo tuviera que ver con esas luchas y que pudiera mostrar el tiempo conquistado, deseado y disfrutado.

Los pinceles se clavaron en el lienzo, esperando que alguien les dijera qué hacer. Se quedaron un rato mirando. Recordaron su paso por la Escuela Superior de Bellas Artes de la UNLP, los viajes de Dora por Europa y sus aprendizajes. La búsqueda de Elsa por representar las sensaciones de su entorno, tanto en la pintura como en la escritura de sus primeras poesías y cuentos. Para Dora y Elsa, la verdadera obra ya estaba hecha: un encuentro de generaciones, de estilos, de luchas y celebraciones. Dos mujeres que, a través de su arte, querían ser vistas.

* * *

Esta historia está inspirada en la vida de dos artistas que estudiaron en La Plata: Elsa Santanera y Dora Cifone.

Elsa Santanera nació en La Plata el 1 de junio de 1912 y falleció en 2020. Fue profesora de Escultura (1945) y de Pintura (1948). Se graduó en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, donde estudió con destacados artistas como Emilio Centurión y Guillermo Martínez Solimán. Participó en numerosos salones de arte a nivel nacional, obteniendo reconocimientos como el Primer Premio en el Salón Estímulo de La Plata (1946) y el Segundo Premio en el Salón de Mar del Plata (1953). Su obra se caracteriza por su profundo amor por la naturaleza, especialmente en sus retratos y figuras humanas, destacando sus representaciones de flores, que reflejan la conexión emocional que tenía con su entorno.

Dora Cifone nació en Buenos Aires el 12 de febrero de 1898 y falleció en 1964. Se formó en la Academia de Brera en Milán y estudió con Alberto Giacometti en Florencia. Completó su formación en la Escuela Superior de Bellas Artes de la Universidad Nacional de La Plata, donde obtuvo el título de Profesora Nacional de Dibujo en 1938. Influenciada por el cubismo y el futurismo, fue una innovadora en el cubismo argentino, compartiendo atelier con Emilio Pettoruti. Participó en numerosos salones nacionales e internacionales, y en 1932 obtuvo el Premio de la Comisión Provincial de Bellas Artes en el Salón Nacional. Su obra alternaba entre el cubismo abstracto y formas estructurales de planos simples con elementos representativos.



SOBRE EL EQUIPO DE ABRIENDO DIAGONALES

Ana Carolina Arias es antropóloga y barilochense. Hace más de diez años que investiga sobre las mujeres en la ciencia, en particular en la antropología y también en la UNLP. En ese camino, ha publicado artículos académicos y de divulgación sobre el tema y cuenta con un blog: **cienciaygenero.blog**. También es docente, mamá de Ema y de Gael; y tiene una relación afectiva con las plantas de su huerta.

Melisa Auge es antropóloga y desarrolla sus tareas en investigación y extensión universitaria en la FCNyM (UNLP) en torno al vínculo de las personas y las plantas en el pasado. Ha participado de distintas producciones de comunicación de la ciencia con perspectiva de género, parte de las cuales pueden verse en **Arqueología Rioplatense**.

Dulce Daniela Chaves se especializa en las condiciones de posibilidad de las mujeres en la toma de decisiones, especialmente en América Latina. Es docente en la UNLP y coordinadora del CeGRI-IRI. Activista antirracista y feminista, ama viajar y conocer diversas culturas, que la inspiran en su quehacer académico y literario. Escribe relatos, cuentos para niñeces y poesía para subvertir todo lo que considera injusto.

Julián Cueto es antropólogo, docente de Etnografía II de la FCNyM (UNLP), donde también es extensionista. Ha estudiado los aspectos relacionales en revistas del Museo de La Plata en vinculación con la historia de la disciplina durante el siglo XX. Actualmente es Wikimedista en Residencia como parte del **Equipo de Wikimedistas del Museo de La Plata**.

Fernanda Day Pilaría es antropóloga, investiga temas arqueológicos explorando las relaciones de las personas y los animales en el pasado y el presente. Además es docente y participa en actividades de extensión universitaria y comunicación científica en la FCNyM. Parte de las producciones de comunicación

pueden verse en Arqueología Rioplatense. Le gusta leer y contar historias, y el sonido del mar. Es la mamá de Manuela, Matilda e Hipólito.

María Huarte Bonnet es comunicadora social con especial interés en la escritura en cuestiones de género. Actualmente da talleres de formación en esa temática para espacios culturales de la provincia de Bs As y es, junto con Julián Cueto, **Wikimedista en Residencia como parte del Equipo de Wikimedistas del Museo de La Plata**.

Gimena Palermo es antropóloga, docente de antropología sociocultural en la UNLP. Integra el Grupo de Estudio sobre Feminismo Materialista (**GEFeMa**) de la UNLP y forma parte del equipo editorial de la **Revista Kula**.

Alicia Pez es artista visual y trabaja actualmente como ilustradora. Vive en Bariloche, donde da clases en educación primaria y coordina talleres de ilustración para adultes. Realizó las imágenes de este libro durante el último invierno, viendo caer la nieve entre los coihues y cipreses de su casa en el bosque. Pueden ver su obra en **Instagram** @aliciapez.ilustraciones o **Facebook** @AliciaPez

Para conocer un poco más sobre las mujeres de este libro,
escaneá el código QR.





Las páginas de este libro invitan a encontrarnos con historias de mujeres que formaron parte de la Universidad Nacional de La Plata en el siglo XX. Desde un enfoque interseccional y diverso, *diagonal*, los relatos nos llevan a conocer diferentes disciplinas, ocupaciones y tareas; además, nos brindan algunas pistas sobre sus vidas cotidianas.

Las preguntas disparadoras que marcan el rumbo del libro son: ¿Qué imágenes tenemos de alguien que va a la universidad? ¿y sobre las mujeres en la universidad? En el presente y en el pasado, ¿siempre han sido las mismas? ¿Qué sabemos de ellas?. Así, el proyecto *Abriendo diagonales* busca multiplicar relatos que incluyan a las mujeres como protagonistas y promover desde temprana edad vocaciones científicas y universitarias.

Este andar sobre la ciencia no es borrón y cuenta nueva, es pisar sobre las huellas que ellas y otrxs dejaron. Este libro, compuesto por ilustraciones y textos que dialogan entre sí, es una celebración de la memoria que interpela tanto el pasado como el presente, para reivindicar los lugares que las mujeres ocupamos.

